

Es seguro que Fidel Castro haya recordado, y narrado a multitud de interlocutores lo ocurrido el 26 de julio de 1956, cuando pretendió tomar el cuartel Moncada y desde allí alzarse para tomar el poder en Cuba, lo que ocurriría sólo algunos años más tarde, el 1o. de enero de 1959. Pero el relato que hizo a Ignacio Ramonet y que éste recogió en su libro *Cien horas con Fidel* tiene dos peculiaridades: se hizo en el año en que aquel acontecimiento, tan importante en la historia cubana que el movimiento castrista se llamó *26 de julio*, y meses antes de que, reconociendo que estaba enfermo, el presidente cubano declinó el poder a favor de su hermano Raúl y la media docena de dirigentes que lo ha acompañado en el gobierno en las décadas recientes.

Ayer comenzamos a transcribir lo ocurrido aquel 26 de julio y hoy concluimos la narración hecha por Castro mismo, donde explica la confusión que terminó en su derrota. El plan trazado no pudo cumplirse porque aparecieron de pronto dos soldados a los que Castro personalmente trató de reducir, para “evitar que dispararan a la gente de Ramirito y Montané, y ocupar las dos ametralladoras Thompson que portaban...Lanzo el carro, todavía en movimiento, contra ellos Yo, que estaba ya con la puerta semiabierta, me bajo.

La gente que está conmigo se baja rápido. El personal de los carros que vienen detrás hace lo mismo. Ellos creen que están dentro del cuartel. Su misión es tomar los dormitorios y empujar a los soldados hacia el patio del fondo, descalzos, en ropa interior, sin armas y semidormidos, los haríamos prisioneros”. Pero en vez de penetrar al cuartel, entraron en el Hospital militar, y cuando los soldados se dan cuenta que hay un ataque en contra suya desde las otras columnas del asalto, “la enorme y decisiva ventaja de la sorpresa se había perdido”.

Y en ese momento Castro se sincera con Ramonet:

“Pero recordándolo todo francamente y con objetividad, pienso que no habían transcurrido 30 minutos o tal vez mucho menos cuando me resigné a la idea de que el objetivo era ya imposible...Llega un momento en que comienzo a dar órdenes de retirada ¿Qué hago? Estaba en medio de la calle, no lejos de la posta de entrada; tengo mi escopeta calibre 12 y en el techo de uno de los edificios principales del cuartel estaba emplazada una ametralladora pesada calibre 50 que podía barrer la calle, porque apuntaba directamente a ese punto. Un hombre trataba de manipularla. Estaba al parecer solo, parecía un monito dando rápidos saltos y moviéndose para manipular el arma y disparar. Tuve que encargarme de él mientras dos hombres tomaban los carros y se retiraban. Cada vez que intentaba posesionarse del arma, le disparaba...

Ya no se ve a nadie, ni un solo combatiente a pie. Me monto en el último carro y después de estar adentro, a la derecha del asiento trasero, aparece un hombre de los nuestros, que ha llegado hasta el carro repleto y que se va a quedar a pie. Me bajo y le doy mi puesto. Le ordeno al carro que se retire.

Y me quedé allí en medio de la calle, solo, solo, solo. ...Allí estaba frente a la entrada del cuartel; es de suponer que en ese momento era absolutamente indiferente ante la muerte. A mi me rescata en ese momento un auto de los nuestros. No se cómo ni por qué, un auto viene en dirección a mi, llega hasta donde estoy, y me recoge. Era un muchacho de Artemisa que manejando un carro con varios compañeros nuestros, entra donde estoy y me rescata. No pude después, no me dio tiempo, preguntarle todos los detalles. Yo siempre quise conversar con ese hombre para saber cómo se metió en el infierno de la balacera que había allí. Pero, como en muchas otras cosas, usted cree que tiene cien años para hacerlo. Y ese hombre murió hace diez años”.

“